

TAMBORES DE GUERRA

Sonaron tambores de guerra, percutidos por tres náufragos enloquecidos, las caras de sus súbditos se han pintado de camuflaje. Quieren matar, puede que tenga sed de venganza, otros están dispuestos a morir sin entender por qué. Los que matan tampoco entienden, sin embargo se escudan en que se lo mandan. Hay fuego, hay sangre, en la atmósfera huele a muerte, huele a dólar. Se ha petroleado la vida.

Una mujer con su niño en el regazo reza a su Dios porque las bombas que caen del cielo no destruyan su refugio protector. Pero si tiene miedo por su hijo de dos años, más dolor le embarga por su marido que está en algún sitio del exterior con un fusil entre las manos, y por su pequeña casa, donde ha dejado todo lo que representa su historia, el esfuerzo de su trabajo durante tantos años como ya han pasado, por mucho que apenas no tenga nada. De su otro hijo, de diecisiete años tampoco sabe nada, sólo sabe que a esa hora puede estar ya muerto porque está en el frente sur y de allí las noticias no son buenas. Aún tiene otro dolor, otra tristeza que ni siquiera el terror por su propia supervivencia en ese sótano de tenebrosa oscuridad puede acallar: la incomprensión por lo que sucede, el desconocimiento de la razón de lo que pasa, el absurdo de que su país esté siendo atacado impunemente por una gran país, por el país más poderoso de la Tierra que tiene la ambición de serlo aún más, absolutamente.

Suenan sirenas como preámbulo a un nuevo bombardeo que provocará nuevas estalagmitas de fuego, humaredas que oscurecerán el cielo brillante, que confundirá las visiones hasta el punto de no ver.

La mujer, tocada con un pañuelo anudado al cuello que le cubre toda la cabeza, mira al suelo, salvando el lloro quedo de su criatura, sin apenas ver por culpa de la hinchazón de unos ojos ensangrentados de tanto llanto. Un llanto renovado, similar al de aquellos otros de otras veces de otros años en los que su país ya sufrió otros ataques con el mismo origen. El niño busca gatear, escaparse del abrazo maternal, pero se siente sin fuerzas, quiere el palmo de calle que conoce, su cama caliente por los cuerpos de sus papás, la piedra con la que juega. Un poco más allá los susurros amedrentados resuenan como solicitudes lastimosas de compasión, de un poco de justicia. Rezos a la vida.

Suenan otras mentiras en boca de los poderosos, cada discurso se fabrica con falsedades que muchos descubren a pesar de todo. Suenan informaciones parciales, tergiversadas, suenan indignidades que evidencian los intereses ocultos y mezquinos que movieron la orden del ataque, el inicio de la guerra. Se dan cifras de las víctimas, de las toneladas de bombas lanzadas por los sofisticados mecanismos guerreros, de las hectáreas de suelo machacado, del número de desertores, del contingente invasor y de los kilómetros ocupados, de los pueblos destruidos. Son las estadísticas de una guerra que algunos señalan injusta, ilegal y desproporcionada, como si alguna guerra pudiera no ser ilegal, injusta o desproporcionada. A no ser que el tiempo haya retrocedido y volvamos a estar en el punto de donde nunca parece que vamos a poder escapar. Se desvelan demagogias como la que habla de niños atezados por el miedo de sus madres en refugios oscuros, son puras demagogias, gritan demagógicamente. Los nativos nos están esperando, los nativos quieren la liberación de su

pueblo y nosotros les vamos a poner en bandeja de plata la cabeza de su fanático líder, consiguiendo para su futuro bienestar y democracia. Nos aplaudirán en el paseillo triunfal de nuestros tanques y nuestro recalcitrante odio.

La mujer con su niño en brazos sufre la rutina de la espera, la espera de que también llegue su momento, o de que, cuando recupere su respiración el aire libre, todo esté ya destruido. Los otros hombres, las otras mujeres, los otros niños también sufren la rutina de la espera. Todos esperan lo mismo: que les maten por culpa de su inocencia o que, si sobreviven, les hayan destruido su mundo de antes, sus calles, sus iglesias, su pan, tal vez como castigo a no haber hecho nada.

Es fácil imaginar la escena, porque es un capítulo más de una serie televisiva, por lo tanto cuenta con espectadores. Uno de los gobernantes tiene los pies sobre la mesa y lanza bocanadas del humo de su puro cubano, el otro se ocupa en vaciar su alargado vaso de whisky. La conversación entre ellos se limita a conformar ambiciones conjuntas, a manejar sus dominios en la ruleta de los beneficios. No discuten si hacer guerra o no, planifican cómo hacerla adecuadamente para que sirva a sus intereses. Esto para ti, y esto para mi, dice cada uno de ellos, esto para mi y esto para ti. Yo más porque tengo más, para ti menos porque todavía tienes menos. Se trata de un diálogo entre mandatarios de estados soberanos que están eligiendo cómo será el mundo tras el fuego y la sangre que ellos han decidido establecer en afán purificador. Porque ellos son los verdaderos enviados del Dios que han puesto a su servicio y no tienen más remedio que enviar salvadoras plagas cibernéticas de aviones invisibles y bombas que apenas producen daños colaterales.

La mujer recuerda a su hombre, sabe que está tras unos sacos terreros, con un anticuado fusil al hombro, defendiendo inútilmente a su familia, a su país, tal vez también a su tirano. Lo que no sabe es si a esa hora estará vivo o muerto. Por eso sigue llorando, porque tiene la duda de lo que ha sucedido, aunque tal vez no haya sucedido nada y todo se reduzca a una falsa alarma a un espejismo y esa guerra no está ocurriendo y el mundo es de la gente buena que busca la paz y la justicia. Pero no lo cree porque también su hijo llora, y por eso ella lo aprieta aún más contra sus senos caídos y blandos, lo aprieta con la rabia de un cariño que no le dejan expresar a la luz de la vela de su cuarto.

Suenan más amenazas. Y se cumplirán porque nadie está dispuesto a inmolarse por otros. Llegarán las bombas, o llegarán los fusiles, o llegará el hambre y la miseria, y parece que nunca va a llegar la paz porque la paz nunca puede llegar con la guerra.

La mujer con su hijo en el regazo tiembla porque todo tiembla y les llega el retumbo de explosiones muy cerca, tal vez encima mismo del refugio. Todos se aprietan los unos contra los otros. Los niños lloran. Tal vez les quede demasiado poco tiempo de vida. Crece el pánico. Apenas hay esperanza. Alguien tiene que matar porque quiere hacerse el amo del mundo, por eso el universo se comienza a desintegrar.

Al rato, las sirenas vuelven a sonar anunciando que el ataque ha finalizado. La destrucción ha concluido. Los invasores tienen vía libre para apoderarse de un país al que apenas le quedaba la miseria y que ya sólo es un montón de ruinas y una montaña de cadáveres.